

Un tiempo para Dios

*“El que estaba sentado en el trono dijo:
‘Yo hago nuevas todas las cosas’”
(Apocalipsis 21:5).*

MI ESPOSA y yo tenemos cuatro hijos y ocho nietos. Cuando Daniel, nuestro hijo menor, vivía todavía en casa, trabajaba en los jardines de una clínica de reposo.

Durante la semana, guardaba la ropa de trabajo en la clínica y el viernes la traía a casa para que su madre la lavara. Una tarde lluviosa de viernes, mi esposa me pidió que saliera y trajera la ropa sucia que Daniel había dejado en el automóvil. Como llovía a cántaros, para salir, además de la canasta, tomé un paraguas. Ya en el auto, fui poniendo la ropa sucia en la canasta hasta llenarla. No quería hacer un segundo viaje; así que amontoné el resto de la ropa sobre la canasta llena. Luego me dispuse a regresar a la casa. Pero, mientras caminaba bajo la lluvia, la ropa empezó a caer al suelo.

Permítame una pregunta: ¿Qué ropa cree que cayó al suelo? La respuesta es sencilla: la que yo había amontonado sobre la canasta ya llena. Ese día aprendí que no podemos poner nada nuevo dentro de algo que ya está lleno. Moraleja: Si queremos añadir algo más en nuestra vida, antes tendremos que sacar otra cosa.

Apreciado lector, ha empezado este nuevo año con la lectura de la meditación matinal del 1º de enero. Pero esta buena costumbre no durará a menos que usted haga de ella algo prioritario e impida que cualquier otra cosa ocupe su lugar. Si va a pasar este tiempo con Dios, no piense en cómo “ganar tiempo”. No podemos ganar tiempo. Solo disponemos de veinticuatro horas al día. Tendrá que reservar tiempo para dedicarlo al Señor. Es preciso que en la canasta del tiempo de nuestra vida haya espacio; de lo contrario, nuestra vida espiritual decaerá.

Este año leeremos las palabras más extraordinarias que jamás se hayan dicho, las palabras de nuestro Señor Jesucristo. Jesús es el mayor maestro y el mejor predicador que el mundo ha conocido. En los libros de Mateo, Marcos, Lucas y Juan podemos encontrar todas las doctrinas de la Biblia. El objetivo de estas lecturas diarias es conseguir que el Evangelio según Jesús sea una realidad en su vida. Oramos para que, además de inspirarlo, transformen su corazón.

Ahora lo invito a cerrar los ojos y orar para que este año Jesús entre como nunca antes en su vida y en las vidas de aquellos que ama. No le dé solo tiempo, entréguele también su corazón.

No solo de pan

Basado en Mateo 4:4

“No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4).

CUANDO ÉRAMOS NIÑOS, en casa hubo siempre un perro, un gato o un pájaro. Después de tantos años, aún recuerdo sus nombres. Nuestro primer perro se llamaba Butch. Nuestro primer gato fue Boots y el nombre de nuestro periquito era Pretty Boy.

Los animales nacen con ciertos instintos. Un gatito sabe cómo ser un gato sin tener que ir a una escuela para gatos. Los monos saben cómo ser monos y las aves saben cómo ser aves. Pero la gente no sabe comportarse como personas civilizadas a menos que alguien se lo enseñe. Un gato no necesita que le enseñen cómo tiene que asearse o lavarse la cara. Por desgracia, la especie con la dignidad más elevada de la creación de Dios carece de ese instinto. Si alguien no enseña a una persona cómo tiene que lavarse la cara, nunca sabrá hacerlo.

Por fortuna, la gente es capaz de aprender a lavarse la cara y mantener un aspecto aseado. Aprendemos a leer y a escribir. En la escuela se nos enseñan las habilidades necesarias para vivir en este mundo. Asimismo, de la Biblia, la Palabra de Dios, aprendemos cosas sobre los aspectos más importantes de nuestra vida: la vida espiritual.

Vamos a la escuela para formarnos con el fin de poder ganarnos la vida y el sustento para nosotros y nuestra familia. Sin embargo, aunque es importante, Jesús dijo: “Escrito está: `No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios’” (Mateo 4:4).

Queremos que nuestros hijos se desarrollen correctamente. Por eso ponemos todo nuestro empeño en que, ya desde la más tierna infancia, aprendan a leer y escribir... y a lavarse la cara. Pero hay algo aún más importante: queremos que conozcan la Palabra de Dios. En 2 Timoteo 3:15 leemos: “Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”.

La sabiduría que procede de las Escrituras, además de hacernos sabios en las cuestiones que tienen que ver con nuestra salvación futura, nos ayudará en multitud de problemas en esta vida. Es mi deseo que, a medida que lee este libro de meditaciones, memorice el texto para cada día. La repetición frecuente del versículo a lo largo del día, contribuirá a fijarlo en la memoria.

La Palabra de Dios es alimento

Basado en Mateo 4:4

“¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! ¡Más que la miel a mi boca!” (Salmo 119:103).

DURANTE EL TIEMPO que vivió en la tierra, todo lo que hizo Jesús estuvo íntimamente relacionado con su uso de las Escrituras. Desde que en el templo, cuando contaba solo con doce años de edad, enseñaba a los ancianos hasta que, en la cruz, exclamó: “¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has desamparado?”, las Escrituras fueron su guía.

Cuando Satanás lo tentó en el desierto, Jesús venció con las palabras: “Escrito está”. Cuando los fariseos trataron de ponerle alguna trampa, él usó la Palabra de Dios para mostrarles su error: “¿Qué dice la Escritura?”; “¿No habéis leído?”; “¿No está escrito?”.

Jesús siempre citaba las Escrituras para mostrar a sus discípulos que sufriría, moriría y resucitaría. Dijo: “¿Cómo se cumplirían, si no, las Escrituras?”. Colgado en la cruz, citó palabras que ya estaban en las Escrituras: “¿Por qué me has desamparado?”; y finalmente: “En tus manos encomiendo mi espíritu”.

Me encanta cuidar un huerto. No siempre hemos podido tener uno. Sin embargo, cuando ha sido posible, indefectiblemente, en casa ha habido huerto. A veces cultivo frijoles. Me gustan los frijoles. Un frijol es una semilla y, al mismo tiempo, también puede ser alimento. De la misma manera, la Biblia es a la vez semilla y alimento. Cuando leemos la Biblia, como si fuera una semilla regada por el Espíritu Santo, en nuestro corazón empieza a germinar la vida espiritual. Del mismo modo que comemos frijoles para alimentarnos, la lectura diaria de la Palabra de Dios nos sostiene y nos alimenta.

Si usted desea ser un hombre de Dios, fuerte en la fe, lleno de bendición, rico en frutos para la gloria de Dios, tendrá que estar lleno de la Palabra de Dios. Haga como Cristo y permita que la Palabra se convierta en su pan. Haga que viva abundantemente en usted. Haga que su corazón se llene de ella. Aliméntese con ella. Crea en ella. Obedézcala.

Cada lectura diaria está acompañada por un versículo para memorizar. Apréndalo y medite en su significado a medida que transcurre el día. Tenga la seguridad de que, cuando use las Escrituras como Cristo las usaba, ellas harán por usted lo mismo que hicieron por él.

Mucho más que un versículo para memorizar

Basado en Mateo 4:4

“Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras”
(Salmo 119:16).

CUANDO DE NIÑO asistía a la Escuela Sabática, cada semana aprendía un versículo de memoria. Al final del trimestre, teníamos el sano orgullo de ser capaces de recitar los trece versículos, de memoria y sin cometer un error.

Memorizar la Palabra de Dios es una bendición magnífica porque conocer la Palabra de Dios:

- Nos ayuda a obtener más beneficios del estudio de la Biblia.
- Nos hace crecer espiritualmente.
- Nos ayuda a estar conscientes de la presencia de Dios y adorarlo.
- Nos ayuda a conocer sus preceptos y responder al llamamiento de Dios.
- Nos ayuda a darnos cuenta de que la Palabra de Dios transforma la mente, a fin de que andemos en los caminos de Señor.
- Nos abre a la acción del Espíritu Santo para que nos guíe con más poder.
- Nos inspira a orar más y a tener una relación más íntima con Dios.
- Proporciona un conocimiento útil y efectivo de la Biblia.
- Proporciona sabiduría práctica, guía y orientación para la vida.
- Permite que Dios nos use de manera más poderosa.
- Nos ayuda a compartir nuestra fe.
- Ayuda a vencer el pecado y las tentaciones.
- Proporciona confianza para dar testimonio.
- Capacita para guiar a otros a la salvación.
- Nos ayuda a animar a otros a crecer espiritualmente.
- Ayuda a superar los problemas y los obstáculos de la vida.
- Aumenta nuestro gozo y nuestra paz interior.
- Ayuda a discernir las falsas doctrinas.

Hace años asistí a un seminario cuyo tema era “Cómo vivir una vida cristiana práctica”. El orador nos enseñó la importancia de memorizar la Biblia, no solo un versículo de memoria cada día, como lo estamos haciendo en este libro de devoción, sino capítulos enteros.

Sugirió que comenzásemos con el primer capítulo de Santiago. Nunca imaginé que fuera capaz de hacer tal cosa, pero oré para que el Señor me ayudara. ¡Y lo hizo! Dedique media hora al día a memorizar las Escrituras, unos versículos cada día. No se desanime. Al final de la semana estará encantado con el resultado.

Un llamamiento al arrepentimiento

Basado en Mateo 4:19

“Así que, arrepentíos y convertíos para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19).

SI ALGUNA PALABRA ha desaparecido casi por completo de la predicación y de la vida de muchos creyentes, esa es “arrepentimiento”. A muchos no les gusta oírlo porque implica que somos responsables de lo que hacemos.

Sin embargo, si hubiéramos estado junto al Jordán, escuchando a Juan el Bautista, nos habríamos dado cuenta de que el suyo era un llamamiento al arrepentimiento. Juan no era el único en llamar al arrepentimiento. Jesús mismo comenzó su ministerio llamando al arrepentimiento. “Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: ¡Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado!” (Mat. 4:17). Y ahí no acabó el llamamiento. En Pentecostés, después de que el Espíritu Santo descendiera sobre los discípulos, Pedro predicó: “Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hech. 2:38). Tenga en cuenta que el arrepentimiento es condición indispensable para recibir el Espíritu Santo.

Más tarde, al fin de la Edad Media, Dios hizo que un fraile se levantara como líder de la Reforma protestante; ese hombre fue Martín Lutero. Con el fin de pagar la construcción de la basílica de San Pedro en Roma, el papa León X encargó a Johann Tetzel, un sacerdote, que vendiera indulgencias plenarias a la gente. Estas indulgencias concedían al pueblo perdón completo de sus pecados. Cuando, más tarde, los que las habían adquirido acudían a confesarse, presentaban la indulgencia y alegaban que ya no necesitaban arrepentirse de sus pecados. Por esa razón, el 31 de octubre de 1517 Lutero clavó sus 95 tesis en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg, en Alemania. Observe que las tres primeras tesis hablan explícitamente de la cuestión del arrepentimiento:

1. Nuestro Señor y Maestro, Jesucristo, [...] quiso que toda la vida de los creyentes fuera penitencia.
2. Esta palabra no puede ser entendida en el sentido de la penitencia sacramental; es decir, la confesión y la satisfacción, que es administrada por los sacerdotes.
3. Sin embargo, el vocablo no apunta solamente a una penitencia interior; antes bien, una penitencia interna es nula si no obra exteriormente diversas mortificaciones de la carne.

Durante los próximos días aprenderemos más sobre el arrepentimiento. Además de pensar en su significado y su importancia, lo invito a que lo experimente de manera renovada.

Ahora es el tiempo aceptable

Basado en Mateo 4:19

“En tiempo aceptable te he oído, y en día de salvación te he socorrido” (2 Corintios 6:2).

PUEDE QUE lo sorprenda, pero no todo lo que se llama arrepentimiento es genuino. Hay arrepentimiento genuino y arrepentimiento falso.

Un ejemplo de falso arrepentimiento es lo que llamaremos arrepentimiento pasajero. El apóstol Pablo fue llevado ante el gobernador Félix. “Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se espantó y dijo: ‘Ahora vete, y cuando tenga oportunidad, te llamaré’” (Hech. 24:25). El gobernador estaba profundamente convencido, pero su arrepentimiento era pasajero. Básicamente estaba diciendo: “Ya hablaremos más tarde y, si te he visto, no me acuerdo”.

Otro ejemplo de falso arrepentimiento es el casi arrepentimiento. El rey Agripa y su esposa habían oído hablar de Pablo. Agripa era judío y estaba ansioso de escuchar personalmente al hombre de quien tanto había escuchado.

“Pablo relató la historia de su conversión desde su empecinada incredulidad hasta que aceptó la fe en Jesús de Nazaret como el Redentor del mundo. Describió la visión celestial que al principio lo había llenado de indescriptible terror, pero que después resultó ser una fuente de mayor consuelo: una revelación de la gloria divina, en medio de la cual estaba entronizado Aquel a quien él había despreciado y aborrecido, cuyos seguidores estaba tratando de destruir. Desde aquella hora Pablo había sido un nuevo hombre, un sincero y ferviente creyente en Jesús, gracias a la misericordia transformadora” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 323). Cuando Pablo terminó su relato, el rey le dijo: “Por poco me persuades a hacerme cristiano” (Hech. 26:28).

Otro falso arrepentimiento es el arrepentimiento temporal. Cuando yo era estudiante en Mount Vernon Academy, en Ohio, cada curso académico tenía una semana de oración en primavera y otra en otoño. La noche del viernes el orador invitaba a los alumnos para que dieran testimonio. Se formaban largas colas de estudiantes que querían testificar por el Señor. Incluso aquellos que con anterioridad habían mostrado poco interés por las cosas espirituales, esperaban para dar su testimonio. Cierta año, cuando la semana hubo terminado, muchos de los alumnos confesaron que se adelantaron solo porque la emoción del momento los empujó a sentir arrepentimiento. Pronto volvieron a las andadas.

Mañana veremos las características de un verdadero arrepentimiento.

¿Pecados mortales o veniales?

Basado en Mateo 4:19

“Ten piedad de mí, Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones, [...] ¡límpiame de mi pecado!” (Salmo 51:1-2).

¿ALGUNA VEZ ha orado diciendo: “Señor, si he cometido algún pecado o me he equivocado en algo, te suplico que me perdones”? Es como decir: “Señor, la verdad es que no recuerdo haber cometido ningún pecado. Pero si sabes de alguno que desconozco, te lo suplico, perdóname”.

Querido lector, pensemos un momento. ¿Esta clase de oraciones expresa arrepentimiento genuino? Un día Jesús y sus discípulos se acercaban a la ciudad de Jericó. A la entrada de la ciudad había un hombre ciego que se ganaba el sustento diario mendigando. Oyó el tumulto de la gente y preguntó qué pasaba. Alguien le dijo que Jesús se acercaba.

Es probable que hubiera oído que el Maestro podía curar aun a los ciegos y por eso empezó a gritar: “¡Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí!”. La gente le ordenó que callara, pero él no hizo caso. Al oír los gritos del ciego, Jesús pidió que lo trajeran delante de él. Entonces llevaron al ciego ante Jesús, y él le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?”. El ciego respondió: “Señor, que reciba la vista”.

Muchas veces me he preguntado por qué Jesús le preguntó al ciego qué quería que hiciera. Me parece que era obvio. Sin embargo, el Maestro le preguntó: “¿Qué quieres que haga?”. Aunque él conoce nuestras necesidades, quiere que las reconozcamos. Por eso, pedir a Jesús que nos perdone los pecados no basta. Si Jesús estuviera aquí en persona, y le pidiéramos que nos perdonara los pecados, él nos preguntaría: “¿Cuáles?”.

A veces, nuestro arrepentimiento no es completo. Quizá nos arrepintamos de algunas cosas y no de otras. En el libro *El progreso del peregrino*, de John Bunyan, Cristiano y un compañero de viaje se encuentran con otro peregrino y empiezan a hablar del pecado. El desconocido les dice que se ha arrepentido de los pecados mortales que ha cometido y se ha quedado solo con los veniales. Cristiano le responde: “Los pecados que tú llamas veniales, en realidad, son los más mortales; porque te aferras a ellos”.

Apreciado lector, pídale hoy a Jesús que lo limpie de todos sus pecados.

¿Qué ocurrió con el pecado?

Basado en Mateo 4:19

“Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí” (Salmo 51:3).

TENGO EN MI BIBLIOTECA un libro que pregunta: “¿Qué ocurrió con el pecado?”. En la actualidad se cometen crímenes atroces cuyos responsables quedan en libertad porque el jurado, aunque reconoce que el acusado es culpable, no lo considera responsable de la acción.

He leído de dos casos distintos en Inglaterra: en uno estaba implicada una camarera que, en una reyerta, había apuñalado a otra mujer hasta matarla; en el otro, una mujer, furiosa, había atropellado a su amante. Ambas mujeres fueron absueltas del delito porque afirmaron que se condujeron así a causa del síndrome premenstrual.

Eso no es todo. Se dice que un miembro del gobierno de la ciudad de San Francisco declaró haber asesinado a un colega suyo y al alcalde de la ciudad porque había ingerido demasiada “comida chatarra”. El jurado dio un veredicto de homicidio voluntario en lugar de asesinato en primer grado. Según se dice, el jurado dictaminó que la comida chatarra había provocado una alteración de las capacidades intelectuales, lo que era una atenuante de la culpa del asesino.

La sociedad moderna elimina el pecado culpando a la víctima. Así, las faltas cometidas por los humanos se describen según el agresor consiga convertirse en víctima. Se supone que tenemos que ser lo bastante sensibles y comprensivos como para ver que todos aquellos comportamientos que antaño solían clasificarse como pecaminosos, de hecho, son pruebas para hacer que el agresor se convierta en la víctima.

Quizá diga: “Pastor, ¿cómo puede influir este pensamiento en mi vida?”. Se lo explico. A menudo, en casa no queremos aceptar la responsabilidad de nuestros actos. “Fui duro con mis hijos porque me dolía la cabeza”. Eso significa: “No me echas la culpa a mí; échasela al dolor de cabeza”. O bien: “Grité a mi esposa y a mis hijos porque en el trabajo tuve un día muy complicado”. Con esto digo que mi enojo no es culpa mía, sino que es la consecuencia de cómo me trataron en el trabajo.

Para que el Espíritu Santo pueda levantarnos, es preciso que aceptemos nuestra responsabilidad. Es posible que hayamos sufrido un fuerte dolor de cabeza o que en el trabajo nos hayan tratado muy mal, pero eso no es excusa para estar airados ni para dispensar malos tratos a los demás.

La sociedad intenta hacer que el pecado desaparezca diciendo que el pecado ya no es pecado. Un cristiano comprometido confiesa sus pecados. Jesús vino a salvar a los que admiten que son pecadores.

Señor, reconozco que soy pecador. Gracias por haber venido a salvar a los pecadores como yo.

Una experiencia cotidiana

Basado en Mateo 4:19

“Deje el impío su camino y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”
(Isaías 55:7).

CIERTA VEZ ME INVITARON para que hablara en una de las prisiones estatales de Florida. Cada semana la administración penitenciaria permite que nuestra iglesia lleve a cabo reuniones con los presos que opten por asistir.

Después de un corto sermón, uno de los presos habló conmigo con relación a su vida espiritual. Sonriente, me dijo: “He sido salvado veintitrés veces”.

Me pregunto si una persona que se ha arrepentido de verdad de sus pecados recae una y otra vez en los pecados de los que se ha arrepentido. Si mantiene su espíritu de arrepentimiento día tras día, la respuesta es: “No”. No recae. Pero si nos arrepentimos unos días sí y otros no, la respuesta es: “Sí”.

Es posible que quien se ha arrepentido de sus pecados, en ocasiones pueda verse sorprendido por la tentación y, vencido por ella, vuelva a caer en los mismos pecados de los que se había arrepentido. Aun así, se levantará y se arrepentirá de lo que ha hecho.

El arrepentimiento verdadero hará que amemos lo que solíamos odiar y odiemos lo que solíamos amar. Hay quienes han dejado de cometer ciertos pecados porque tienen miedo de sus consecuencias. Pero esto no es arrepentimiento genuino. Es como el caso del niño al que su madre le ordena que se siente y el niño, que no quiere obedecer, le dice que sí, que se sentará, pero, de pensamiento, permanece de pie.

El arrepentimiento genuino, además de impedirnos hacer las cosas que no debemos, nos empujará a encaminar nuestros pasos hacia el objetivo de una vida cristiana victoriosa. Me gustan las palabras del Señor en Isaías 1:16: “Lavaos y limpiaos, quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo”. El verdadero arrepentimiento va de adentro hacia afuera. Cuando el corazón cambia, la vida también cambia.

Santiago 1:17 dice: “Toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto”. Este texto me dice que el don del arrepentimiento perfecto y bueno procede de nuestro Padre celestial. No se demore y pídale.

Dios no ha olvidado

Basado en Mateo 4:19

“El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento”
(2 Pedro 3:9).

A LAS 9:02 de la mañana del 19 de abril de 1995, un furgón de alquiler cargado con aproximadamente 2.300 kilos de fertilizante de nitrato de amonio, nitrometano y gasóleo estalló frente al edificio federal Alfred P. Murrah, en la ciudad de Oklahoma. Además de oficinas, el edificio también albergaba una guardería para los hijos de los empleados. Como resultado de la tremenda explosión, murieron 168 personas, de las cuales 19 eran niños. Más de ochocientas personas resultaron heridas. Años después, en el lugar se erigió un monumento en memoria de las víctimas.

Un año me invitaron a participar como orador en la asamblea de Oklahoma. Durante la semana, en uno de los intervalos de tiempo libre entre reuniones, un pastor me llevó a ver el monumento. La visita me causó una profunda impresión que aún perdura.

Entré en el monumento por una puerta en la que está grabado: “9:01”. Allí donde una vez se levantaba el edificio ahora se extiende una explanada cubierta de hierba sobre la que hay 168 sillas de bronce y vidrio que se iluminan tras la puesta del sol. La calle que estaba enfrente del edificio ahora está cubierta por una lámina de agua que refleja el entorno. Salí del monumento a través de otra puerta en la que se lee: “9:03”. La catástrofe tuvo lugar exactamente a las 9:02 de la mañana.

Mientras me alejaba, tenía los ojos bañados de lágrimas. Me di cuenta de que la destrucción de los impíos mostrará al universo que Dios no olvida los terribles actos que cometieron. Se hará justicia.

Los que se pierdan serán los que habrán rechazado salvarse. Habrán persistido en sus malos caminos. Quien, en su corazón, ha aceptado el don del arrepentimiento y desea ser salvo, se salvará por la gracia de Dios; incluso los hombres que fueron responsables de esa terrible explosión.

Nadie dejará de entrar al cielo por un centímetro, sino por varios kilómetros. Nuestro Dios es un Dios de misericordia y de salvación. “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento” (2 Ped. 3:9). “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (Heb. 2:3).

De quién es el reino de los cielos

Basado en Mateo 5:1 al 12

“Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3).

DURANTE MUCHOS AÑOS he colaborado con la Agencia Adventista para el Desarrollo y Recursos Asistenciales (ADRA). Durante ese tiempo vi por mí mismo los terribles resultados de la pobreza. En algunas ciudades los pobres nacen, viven y mueren en la calle. Una vez visité un cobertizo cerca de una capital. En él vivían una madre y sus cuatro hijos. Como no tenía qué dar de comer a su prole, el bebé moría de inanición. Cuando sostuve en brazos al bebé, lloré. Me alegra decir que pudimos ayudarla.

La pobreza es causa de enfermedad, sufrimiento y tristeza. También está en el origen de conflictos y guerras. Por lo general, los pobres carecen de formación y eso añade dificultad a la búsqueda de trabajo. Y si tienen un empleo, no ganan lo suficiente para sostener a toda la familia. En muchos países los ricos siguen explotando a los pobres y empeorando su situación (Sant. 5:1-4).

Algunos líderes religiosos enseñan que, al bendecir a los pobres de espíritu, Jesús exhorta a la pobreza voluntaria. Piensan que el versículo promete bendiciones para aquellos que, deliberadamente, han dado la espalda a la riqueza y han optado por la pobreza. Pero Jesús no hablaba de esto. Él no dijo: “Bienaventurados los pobres, harapientos y muertos de hambre”, sino que dijo: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. En otras palabras, se refería a nuestra actitud hacia nosotros mismos.

Ser pobre de espíritu es lo contrario a ser orgulloso y egoísta. Es exactamente lo opuesto a una actitud independiente y desafiante que se niega a someterse a Dios y, al igual que el Faraón, le dice: “¿Quién es Jehová para que yo oiga su voz?” (Éxo. 5:2). Ser “pobre de espíritu” es darse cuenta de que espiritualmente no se tiene nada, que no se es nada, no se puede hacer nada y que se tiene necesidad de todo.

Incluso quienes viven en la pobreza también tienen que ser pobres de espíritu. Aunque nos vistamos con harapos, como el profeta Isaías, tenemos que darnos cuenta de que nuestra justicia es como “trapos de inmundicia” (Isa. 64:6). El mundo enseña que si creemos en nosotros mismos podremos hacer lo que nos proponamos. Jesús dijo: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Los pobres de espíritu son los únicos que entrarán al reino de los cielos porque les pertenece.

Jesús es nuestro consuelo

Basado en Mateo 5:4

“Cualquiera que se enaltece, será humillado,
y el que se humilla será enaltecido”
(Lucas 14:11).

NO HACE MUCHO, en uno de mis viajes, en el avión se sentó junto a mí un hombre con el que entablé conversación y me explicó que su esposa había fallecido. Era víctima de un profundo pesar y ya no tenía ganas de vivir. ¡Cuánto dolor nos causa la pérdida de un ser amado!

Cuando Jesús dijo: “Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados”, no se refería solo a la tristeza por la pérdida de los que amamos. La causa del sufrimiento a la que se refería en la bienaventuranza es el dolor que sentimos cuando nos damos cuenta de que “en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien” (Rom. 7:18).

¿Cómo puede alguien estar agradecido por haber sido rescatado sin antes recordar que se ahogaba? ¿O cómo puede dar gracias por los alimentos sin recordar que se estaba muriendo de hambre? Para poder dar gracias por el sacrificio de Jesús antes tendremos que recordar que sin él estábamos perdidos. Jamás debemos pensar que solo necesitamos a Jesús cuando empezamos la vida cristiana. Al contrario, lo necesitamos siempre.

El Espíritu Santo no puede obrar en la vida de quienes no sienten necesidad alguna. El duelo ante Dios se expresa con humildad. “Cualquiera que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido” (Luc. 14:11).

Quizá algunos pregunten: “¿Cómo podemos ser felices en el Señor y lamentarnos continuamente?”. La respuesta es que, aunque nos lamentamos porque reconocemos que somos orgullosos, egoístas, amargados, resentidos, lujuriosos y carecemos de dominio propio, nos consuela saber que él nos acepta tal y como somos. Nuestro “llanto” se expresará con una actitud de arrepentimiento. Al que se arrepiente lo consuela saber que el Padre celestial lo ha perdonado.

Aunque quise consolar al hombre por la pérdida de su esposa, para volver a verla tendrá que esperar a la resurrección. El consuelo que Jesús nos ofrece no solo es para el futuro, también es para hoy. ¡Qué extraordinaria promesa! Apreciado lector, si, mientras anda por el camino cristiano, se siente desanimado, o ha perdido a un ser querido, recuerde las palabras de Jesús y consuéllese con ellas.

El sentimiento de culpa no es malo

Basado en Mateo 5:4

“La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de lo cual no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Corintios 7:10).

A MUCHOS no les gusta oír la palabra “pecado”. La conducta que antes se solía considerar como pecaminosa hoy se considera correcta. He oído a alguien decir: “Para mí no es malo, pero si para ti lo es, es malo para ti”. Incluso hay asesinos que afirman que cometieron el delito porque no podían evitarlo o porque “algo” los obligó a cometerlo.

Mi esposa y yo quedamos atónitos cuando en la radio escuchamos que un hombre de nuestra ciudad volvió a la oficina en donde había trabajado y mató a una persona e hirió a otras cinco. Cuando lo detuvieron se negó a admitir que había obrado mal. Afirmó que los culpables eran quienes lo habían despedido.

La cultura moderna considera que quienes cometen pecados son las víctimas y, por lo tanto, no son responsables de sus actos. A menudo, la opinión pública se compadece más por el asesino que perdió el trabajo que por quienes perdieron la vida o fueron heridos.

Nadie está dispuesto a aceptar que ha cometido un error porque ello significaría que se admite la culpa y la sociedad no quiere reconocer la culpa que causa el pecado. Una expresión que va de boca en boca es: “No tienes que sentirte culpable”. Cuando alguien afirma que se siente culpable por haber hecho algo malo siempre hay quien le dice: “No es culpa tuya”. Este tipo de pensamiento ha hecho que desaparezcan palabras como “arrepentimiento”, “restitución” y “redención”.

“Bienaventurados los que lloran” significa: “Bienaventurados los que reconocen que son pecadores y se arrepienten de lo que han hecho”. Sin pecado no hay culpa; y sin culpa no hay pesar por el pecado. Si no hay pesar por el pecado no hay arrepentimiento; y sin arrepentimiento no puede haber perdón.

Jesús no vino a este mundo para quitar el dolor del pecado, sino la causa del pecado. Deseo que cuando haga algo malo me sienta culpable y me lamente porque tenemos una promesa: “Bienaventurados los que lloran [se sienten culpables por sus pecados], porque recibirán consolación” (Mat. 5:4). Y “el que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa [acepta la responsabilidad] y se aparta de ellos [permite que Jesús le dé la victoria] alcanzará misericordia [será consolado]” (Prov. 28:13).

Basta ya de culpar a los demás

Basado en Mateo 5:4

“El que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia”
(Proverbios 28:13).

SUPONGA QUE usted y yo pudiéramos hablar con David sobre su adulterio con Betsabé. Según la forma de pensar actual quizá nos dijera: “Sencillamente, no pude evitarlo, era tan bella... ¿Por qué tuvo que bañarse al aire libre? Tenía que haber supuesto que alguien la podía ver. Sé que no debí matar a Urías, su esposo, pero no podía permitir que se enterara de la relación que yo mantenía con ella. Supongo que me dejé dominar por el pánico”.

Jesús no dijo: “Bienaventurados los que se excusan por sus pecados”, sino: “Bienaventurados los que lloran por sus pecados”. David no se excusó por lo que hizo. En el Salmo 51 se lamentó por su pecado: “Ten piedad de mí, Dios [...] borra mis rebeliones. ¡Lávame más y más de mi maldad y límpiame de mi pecado!, porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí” (vers. 1-3).

¿Se imagina al hijo pródigo largándole todo este discurso a su padre? “Papá, escucha. Ya sé que no tenía que haberme ido de casa, pero no me quedaba otra elección. Mi hermano siempre se burlaba de mí diciendo que yo jamás haría nada tan bien como él. Cuando me acuerdo de todo, pienso que no fuiste justo conmigo. No te diste cuenta de mis necesidades emocionales tan especiales y no las supliste. Es verdad, no colaboraba en las labores del campo, pero es que lo mío es el arte. Me imaginé que en la ciudad podría encontrarme a mí mismo. Allí conocí a una joven muy agradable que me fue infiel. Una noche bebí demasiado y perdí todo el dinero en el casino. Siento el daño causado”.

En lugar de culpar a otros, mientras estaba sentado con los cerdos, el joven decidió que iría a casa y diría a su padre: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros” (Luc. 15:18, 19).

Tendemos a culpar a otros por nuestros errores. Pero la Biblia dice: “El que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia”.

Una razón para estar triste

Basado en Mateo 5:1 al 12

“Porque por un momento será su ira, pero su favor dura toda la vida.
Por la noche durará el lloro y a la mañana vendrá la alegría”
(Salmo 30:5).

CUESTA CREER que Jesús dijera: “Bienaventurados los que lloran”. La mayoría de la gente no quiere llorar. Algunos están tan tristes que intentan ahogar sus penas en alcohol y acaban por convertirse en alcohólicos.

Vivo cerca de los parques temáticos de Universal Studios, Disney y Epcot. La gente acude de todas partes del mundo para pasar unos días de vacaciones. Es interesante observar a las familias que llegan al aeropuerto. Los niños están felices y emocionados. Visitar los parques es muy caro, pero los padres quieren que sus hijos sean felices.

Jesús dijo que los que lloran son los verdaderamente felices. No enseñaba que jamás debamos mostrar alegría riendo o sonriendo. Tampoco hablaba de llorar la muerte de un familiar o cualquier tragedia. Hablaba de estar tristes a causa del pecado. Pero antes tenemos que reconocer que somos pecadores. ¿Cómo podemos ser salvos si no admitimos que estamos perdidos? ¿Cómo podemos estar llenos del fruto del Espíritu si no admitimos que la vida sin él está vacía?

Hace algunos años era muy popular una canción que decía: “Don’t worry, be happy” [No te preocupes, sé feliz]. Jesús dijo que no nos preocupamos por demasiadas cosas. También dijo que hay algunas cosas que tendrían que preocuparnos y por las que tendríamos que sentirnos apesadumbrados: nuestros pecados, es decir, el orgullo, el egoísmo, la amargura y la falta de dominio propio. Cuando, después de contemplar a Dios y su santidad, veamos nuestra indefensión, nuestra desesperanza y nuestra impotencia, nos lamentaremos por nuestros pecados. El apóstol Pablo exclamó: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?” (Rom. 7:24). Además, confiesa: “Yo sé que en mí no habita el bien” (Rom. 7:13).

Cuando yo era niño, a veces me caía y me lastimaba. Luego iba a llorar con mi madre para que me consolara. Después de un rato me sentía mejor y salía de nuevo a jugar. Si los pecados de su vida lo apesadumbran, lo invito a que acuda a Jesús. Él lo consolará y lo perdonará.

Dolor genuino

Basado en Mateo 5:1 al 12

“Afligíos, lamentad y llorad. Vuestra risa se convierta en lloro
y vuestro gozo en tristeza”
(Santiago 4:9).

¿ALGUNA VEZ ha deseado revivir el pasado para tener la posibilidad de enmendar las palabras que lastimaron a otros; corregir los errores que cometió y las decisiones equivocadas que tomó; y borrar los momentos en que se sintió desalentado y abandonado por el Señor?

Si algo hay que sea cierto es que es imposible volver atrás en el tiempo y revivir lo que ya hemos vivido. Pero, si pudiéramos, ¿haríamos lo mismo? La verdad es que muchos no cambiaríamos: cometeríamos los mismos errores, lastimaríamos a las personas y tomaríamos decisiones equivocadas. ¿Por qué? Porque somos así, es nuestra naturaleza. Pero Jesús vino para ayudarnos a cambiar nuestra vida de manera sobrenatural.

Jesús dijo: “Bienaventurados los que lloran”, es decir: “Bienaventurados los que se sienten tristes, no por lo que les ha ocurrido, sino por cómo trataron a los demás”. Me he dado cuenta de que, para mí, es más natural ser orgulloso y egoísta que humilde y amable. Incluso es posible que diga que lo lamento sin lamentarlo en absoluto. Es lo mismo que pisar el pie de alguien y, de manera mecánica, decir: “Lo siento”, al tiempo que se piensa: “No fue culpa mía. Tú te pusiste en mi camino”.

Si reacciono así me entristezco. A veces me gustaría gritar: “¡Dios, sé propicio a mí, pecador!” (Luc. 18:13). Creo que esto es lo que Jesús quiso decir con: “Bienaventurados los que lloran”. Si no reconozco lo mucho que necesito a Jesús seré siempre lo que fui: un pecador que comete siempre los mismos errores.

El dolor genuino implica que admitimos nuestra necesidad. Cuando el Espíritu Santo nos convence de pecado, nuestro corazón llora. Llorar significa que cada día nos damos cuenta de que necesitamos a Jesús. El único que puede quitar la mancha del pecado es Jesús.

A menos que lloremos por nuestros pecados, los cometeremos una y otra vez. Sin embargo, Jesús nos ha prometido que él nos consolará. No podemos volver a vivir el pasado, pero sí podemos proseguir a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro (Fil. 3:14). Quizá suene extraño, pero esta bienaventuranza nos recomienda que nos entristezcamos, el único modo de recibir consuelo.

Manso y humilde

Basado en Mateo 5:5

“Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas”
(Mateo 11:29).

EL NUEVO TESTAMENTO se escribió en griego. Entre los estudios de preparación para el ministerio estudié griego durante dos años. Por desgracia, lo he olvidado casi todo. Las únicas palabras que recuerdo son *adelphos mou*, que significa, “mi hermano”. Con todo, no puedo quejarme. Al menos, cuando voy a la iglesia el sábado por la mañana, puedo estrechar la mano de alguien y decirle: “Feliz sábado, *adelphos mou*”.

Todos los ejemplares del Nuevo Testamento, tanto si están en inglés, en español, en francés o en cualquier otro idioma, son una traducción del griego que se hablaba en tiempos de Cristo. Es el koiné o griego común. La palabra griega koiné para “manso” significa amable, humilde, considerado, cortés.

En griego clásico, el que se hablaba incluso antes que el griego koiné, el término “manso” se usaba de tres maneras distintas. Lo usaban, en particular, los médicos, los marineros y los granjeros. Los médicos empleaban la palabra “manso” para describir los medicamentos relajantes que aliviaban el dolor. Cuando los marineros se referían a una fresca y suave brisa que refresca al marino acalorado, se referían a ella como una brisa mansa. Finalmente, los agricultores decían que el asno que había sido domesticado y estaba listo para colaborar en las labores de la granja era un asno manso.

El abuso de un medicamento puede arruinar una vida. Usado sin control, el medicamento puede matar en lugar de curar. Los que habitan en el trópico, en particular a lo largo de la costa sur de los Estados Unidos y en Centroamérica, saben que un huracán puede causar estragos. En una granja, la bestia de labranza o de tiro que nunca ha sido adiestrada resulta inútil. Cuando nos apercebimos de los peligros que esconden los medicamentos, los vientos o una bestia sin adiestrar entendemos el sentido de la palabra “masedumbre” en griego clásico: fuerza controlada.

Nuestro Señor Jesús dijo que era manso y humilde de corazón y que en él hallaríamos descanso para el alma (Mat. 11:28). Él nos ayudará a controlar nuestra fuerza. ¿Se imagina cómo serían los hogares si los progenitores se mostraran con masedumbre? Si queremos enseñar a nuestros hijos a ser como Jesús, tenemos que reflejar su carácter; es decir, nosotros también debemos ser mansos y humildes. Una persona humilde no piensa en sí misma, sino en los demás.

El ejemplo perfecto

Basado en Mateo 5:5

“Porque ejemplo os he dado para que, como yo os he hecho, vosotros también hagáis”
(Juan 13:15).

RECUERDO QUE, DE NIÑO, observaba a los hombres mientras se lavaban mutuamente los pies en el rito de humildad, justo antes de la Cena del Señor. Entonces no entendía el significado de lo que hacían. Su verdadero significado se me escapaba incluso después de ser bautizado y al empezar a participar con otros jóvenes de mi edad.

Durante un tiempo fuimos misioneros en Pakistán. Allí empecé a entender por qué Pedro le dijo a Jesús: “No me lavarás los pies jamás” (Juan 13:8). En Pakistán es común la expresión “mostrarle a alguien el zapato”. Es una muestra de desprecio por la otra persona. Es el insulto más grave porque se considera que el pie es la parte más vergonzosa del cuerpo. Por eso Pedro no podía permitir que Jesús tocara sus pies.

Recuerdo que, hace muchos años, en el periódico vi una fotografía de Niki Kruschov, durante un pleno de la Asamblea General de las Naciones Unidas al que había acudido en representación de la Unión Soviética, golpeando el escritorio con el zapato. Todos nos preguntamos si estaba en su sano juicio. Pero después de haber vivido en Pakistán, entendí por qué lo hizo. Al golpear el escritorio con su zapato mostraba a la asamblea mundial el desprecio y el desdén que sentía por lo que allí se decía. Literalmente, “mostró su zapato al mundo”.

No hace tantos años, derribaron la estatua de Saddam Hussein que se erigía en pleno centro de Bagdad, la capital de Irak. Si vio las imágenes, tuvo que darse cuenta de que había un hombre que corría junto a la estatua y la iba golpeando con su zapato. El mensaje era claro. Expresaba lo que sentía por el dictador caído.

Poco antes del fin de su mandato, George W. Bush, el presidente de los Estados Unidos, visitó Bagdad. Durante una rueda de prensa, uno de los periodistas asistentes arrojó sus zapatos contra él; más con la intención de mostrarle su desprecio que deseando golpearlo.

Comparto esto con usted para que juntos podamos entender el significado de lo que Jesús hizo la noche en que lavó los pies de los discípulos. Entonces dijo algo que hoy puede acompañarlo: “Te di el ejemplo de cómo ser manso y humilde de corazón; ahora, ve tú y haz lo mismo”.

Niéguese a sí mismo

Basado en Mateo 5:5

“Pero él da mayor gracia. Por esto dice: ‘Dios resiste a los soberbios y da gracia a los humildes’”
(Santiago 4:6).

POCOS PRINCIPIOS bíblicos son más desagradables para la naturaleza humana y más opuestos a su forma de pensar que estas palabras de Jesús: “Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”. ¿Por qué es tan desagradable? Porque la naturaleza humana tiende a poner el “yo” en primer lugar. A los niños se les enseña a ser insistentes y agresivos, a obtener el máximo de todo lo que deseen, lo merezcan o no.

Pero esto no debería sorprendernos. De hecho, es una señal de que vivimos en el tiempo del fin. “También debes saber que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres amadores de sí mismos” (2 Tim. 3:2).

En la actualidad, la gente ya no ve la mansedumbre como una virtud, sino como un defecto. El que es manso, dicen, es débil. Y así nos enteramos de que:

- No hay que ser amable, sino duro.
- La castidad es un estorbo; es mejor practicar el libertinaje sexual.
- Solo los tontos son fieles.
- Las únicas decisiones que hay que tomar son las que mejor nos convengan en cada momento.

Hace algunos años se empezó a escuchar una nueva palabra. En realidad, no es nada nueva, porque se basa en el egoísmo humano. Se trata de la “autoestima”. La idea es que, con el fin de amar a Dios con todo nuestro corazón y a nuestro prójimo como a nosotros mismos, antes tenemos que amarnos a nosotros mismos. Por desgracia, este concepto también ha llegado a las iglesias y las escuelas.

Cierta vez leí en una revista un artículo dedicado a la autoestima que sugería a un esposo que fuera a cenar con su esposa a un restaurante frecuentado por parejas de enamorados. Hasta aquí todo era correcto. El artículo continuaba diciendo que en el momento oportuno, el esposo tenía que mirar tiernamente a los ojos de su esposa mientras susurraba: “Me amo”. Me pregunto si el autor del artículo hablaba en serio.

Todo esto suena ridículo; y lo es. Sin embargo, por desgracia, muchos cristianos dan crédito a esta filosofía y la familia sufre las consecuencias. Nuestros hogares deben ser lugares en los que estemos encantados de ponernos en primer lugar unos a otros. Lo desafío a descubrir qué puede hacer usted por los demás en lugar de pensar qué pueden hacer los demás por usted.

El hombre más humilde del pueblo

Basado en Mateo 5:5

“Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo;
hermoseará a los humildes con la salvación”
(Salmo 149:4).

HABÍA UNA VEZ un pueblo en el que alguien sugirió que se reconociera de manera especial a la persona más humilde. La población era pequeña y todos se conocían, por lo que decidieron que alguien fuera puerta por puerta y preguntara a los vecinos quién ellos creían que era la persona más humilde del lugar. De modo que uno fue puerta por puerta por toda la población y la respuesta fue unánime: casi todos votaron por la misma persona. Por tanto, decidieron que honrarían al hombre otorgándole una distinción especial; una banda en la que se leía: “Al hombre más humilde del pueblo”.

Prepararon la cinta y eligieron una fecha para que el alcalde hiciera entrega de la distinción en el salón de actos de la escuela secundaria. Diríase que todos los lugareños asistieron al acto.

La orquesta de la escuela secundaria tocó una música. Cuando el alcalde hubo pronunciado su discurso en reconocimiento a tan especial ciudadano, pidieron al hombre que subiera al estrado para hacerle entrega de la banda distintiva. El público se puso en pie y estalló en una cerrada ovación.

Al día siguiente, el alcalde tuvo que retirarle la banda... ¡porque el hombre todavía la llevaba puesta! Una persona humilde de verdad no lo habría hecho.

Por supuesto esta historia no es más que una parábola; pero la lección es clara: El que es verdaderamente humilde no se jacta de ello porque, al hacerlo, deja de ser humilde.

He aquí algunas maneras de comprobar si una humildad es genuina:

1. Una persona humilde no trata de ser el centro de atención. Recuerde que Jesús reprendió a los fariseos por su ansia de aplauso. “Hacen todas sus obras para ser vistos por los hombres” (Mat. 23:5).
2. Una persona humilde no se apresura a expresar sus opiniones. “El necio da rienda suelta a toda su ira, pero el sabio, al fin, la apacigua” (Prov. 29:11).
3. Una persona humilde no busca venganza. “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: ‘Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor’” (Rom. 12:19).

Si una persona es verdaderamente humilde, todos lo sabrán menos ella.

Un hambre distinta

Basado en Mateo 5:6

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia,
porque serán saciados”
(Mateo 5:6).

SOY DEL TIPO de personas a las que nos gusta hacer trabajos de reparación en casa. Me gusta pintar, hacer reparaciones de carpintería y todo lo que tenga que ver con el mantenimiento en general. La fachada de nuestra casa está recubierta de madera. Debido a que después de algunos años en Florida la madera empieza a pudrirse y hay que cambiarla, he tenido que aprender a hacer esa tarea. También me defiendo bastante bien en reparaciones eléctricas y de fontanería. Sin embargo, cuando no sé hacer una tarea específica, contrato a un especialista que, seguro, hará un buen trabajo.

A veces, mi automóvil, que ya tiene quince años, me da problemas. Como no sé casi nada de mecánica, no tengo más remedio que llevarlo a un taller. La cuestión es que, aunque hay cosas que se pueden dejar en manos de otros, algunas solo puede hacerlas uno mismo; por ejemplo, comer y respirar.

Recuerdo que, cuando era niño, le decía a mi mamá: “Tengo hambre. ¿Cuándo comemos?”. Por cierto, ahora que lo pienso, también se lo digo a mi esposa... No hay nada malo en tener hambre, porque si no saciáramos el hambre y la sed acabaríamos por morir.

Decir: “Bienaventurados los que tienen hambre de la buena comida y sed de agua limpia para mantener la salud del cuerpo” sería correcto. Pero Jesús nos dice que son aún más bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

Que tengamos hambre y sed de justicia significa que ansiamos ser liberados del pecado. En primer lugar, porque el pecado nos separa de Dios. “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios y vuestros pecados han hecho que oculte de vosotros su rostro para no oíros” (Isa. 59:2). El que tiene hambre y sed de justicia quiere ser libre no solo del pecado, sino incluso del deseo de pecar.

Hoy lo invito a hacer algo. Cuando se siente a comer y pida la bendición de los alimentos, al mismo tiempo pídale a Dios que despierte en usted el hambre y la sed de ser como él.

Vivir con un propósito en el corazón

Basado en Mateo 5:6

“Daniel propuso en su corazón no contaminarse”
(Daniel 1:8).

SIN DUDA usted recuerda la historia. Nabucodonosor había conquistado Judá y muchos hombres, mujeres y niños fueron llevados cautivos, incluyendo a Daniel y sus tres jóvenes amigos. No sabemos qué edad tenían, pero bien pudo ser que fueran adolescentes. Habían sido criados por padres temerosos de Dios que, con toda seguridad, oraban por ellos.

El rey le pidió al funcionario encargado de los jóvenes que les sirviera de los mismos alimentos que llenaban la mesa del rey. Estaba convencido de que les hacía un favor, pero muchos de los alimentos eran impuros y no aptos para comer. También había vino. “Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía; pidió, por tanto, al jefe de los eunucos que no se le obligara a contaminarse” (Dan. 1:8).

No podemos pedir a Dios que haga algo por nosotros si nosotros mismos no estamos dispuestos a hacerlo. Por eso Jesús dijo que la justicia solo puede alcanzar a quienes tienen hambre y sed de ella. Nunca se está demasiado hambriento y sediento de justicia. Tampoco podemos decir que alguna vez hayamos sido plenamente saciados.

Sin embargo, podemos ser volubles y cambiar de opinión. Tal vez un día resistimos la tentación y al día siguiente caemos en ella. Unas veces nos importa y otras no, por lo que no le pedimos a Dios que nos proporcione su justicia. Por esta razón, nos vendría bien aplicar en nuestra vida el conocido texto bíblico: “Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios [...], pero pida con fe, no dudando nada, porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra” (Sant. 1:5, 6).

A veces podemos tratar de aparentar que somos justos, pero en nuestro corazón sabemos que no es así. Los que tienen hambre y sed de justicia no se conforman con una mera apariencia de justicia para impresionar a los demás; antes bien, han decidido no contaminarse con las cosas de este mundo. Rechazan todo lo que pueda apartarlos de la justicia prometida por Dios.

Oremos para que, hoy, el Espíritu Santo despierte en nosotros el hambre por el Señor. Solo Jesús puede satisfacer el hambre y la sed de justicia.

¿Siempre tiene hambre?

Basado en Mateo 5:6

“Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

EN LAS REGIONES donde los inviernos son fríos, algunos animales hibernan; es decir, pasan el invierno durmiendo. Durante el otoño los animales que hibernan comen más de lo habitual. De ese modo, sus cuerpos se alimentarán de la grasa acumulada y podrán “dormir” durante los meses invernales.

Pero los que tienen hambre y sed de justicia no hibernan. Comen el pan de vida en primavera, en verano, en otoño y en invierno. De hecho, cada día tienen hambre y sed de justicia. Pero tienen la promesa de que serán saciados (Mat. 5:6). Alguien puede decir: “Cuando estoy lleno ya no necesito más”. Es verdad, si se es un oso. Pero un cristiano solo se alimenta de pan de vida fresco y de agua de vida que necesitan ser renovados a diario.

Verá, así como es preciso que tengamos hambre y sed cada día porque, de lo contrario, acabaríamos muriendo, para que nuestra vida espiritual no muera es necesario que cada día tengamos hambre y sed de justicia. A diferencia de los osos, que engordan para pasar el largo invierno, no podemos acumular experiencia espiritual para luego echarnos a dormir. Si no comemos, nos debilitamos y, finalmente, morimos.

Cuando mi esposa y yo éramos misioneros en Pakistán, vivíamos en la Escuela Adventista de Pakistán, que se encontraba en el campo, a unos sesenta kilómetros de Lahore. El lugar era excelente para criar a nuestros hijos. Teníamos un huerto y nuestro propio gallinero. Un día vi que una de las gallinas no comía; sencillamente, estaba quieta. La cosa continuó así durante varios días. Sabía que algo andaba mal, porque las gallinas sanas pasan el tiempo comiendo y rascando el suelo en busca de lombrices. Efectivamente, al cabo de un tiempo murió por causas desconocidas.

¿Es a la vez un glotón y un amante de la dieta? ¿Un día tiene hambre y sed de vivir una vida santa y al siguiente se olvida de ello? Si no nos alimentamos espiritualmente cada día corremos el riesgo de perder la apetencia por las cosas de Dios. Empezar el día con Jesús es nuestro desayuno espiritual. A algunos no les gusta desayunar; pero comenzar cada día con Dios es indispensable para el crecimiento espiritual.

Aliméntese, sáciese. No hiberne.

Comida chatarra

Basado en Mateo 5:6

“Jesús les respondió: “Yo soy el pan de vida. El que a mí viene nunca tendrá hambre, y el que en mí cree no tendrá sed jamás”
(Juan 6:35).

LA BIBLIA RECOGE la historia de un profeta infiel. Es la del asno que habló. Bueno, en realidad, quien habló no fue el asno, sino un ángel, que habló por medio del animal. Además de ser un falso profeta, Balaam era corrupto. El rey de Moab vio que los israelitas tenían previsto invadir su reino y le pidió a Balaam que los maldijera para asegurarse de que eso no sucediera. A cambio le ofreció dinero. A Balaam le encantaba el dinero. Puede leer el relato completo en los capítulos 22 al 24 de Números. Verá que el Señor impidió que maldijera al pueblo; de hecho, Balaam acabó bendiciéndolo.

En cierto momento, Balaam dijo que quería morir como los justos y tener su misma recompensa (Núm. 23:10). Pero, aunque quería morir como los justos, no quería vivir como ellos. A diferencia de Balaam, quien tiene hambre y sed de justicia se abstiene de todo lo que se opone a ella. Quien de verdad quiere la recompensa de los justos, además de las cosas que sabe que son malas y perjudiciales, evitará todo aquello que debilite o reduzca su apetencia espiritual.

Cuando estoy de viaje, veo que en los restaurantes y las cafeterías de los aeropuertos la gente suele comer “comida chatarra”; sobre todo los niños. El término “comida chatarra” se refiere a esas comidas rápidas que son muy sabrosas pero nada saludables. Esa clase de comida es sabrosa porque contiene gran cantidad de grasas, azúcares y sal. Como resultado, la comida chatarra es la causa principal de muchas enfermedades del corazón. Los efectos generales de la comida chatarra son: falta de energía, pérdida de capacidad de concentración, enfermedades del corazón y una elevada tasa de colesterol en sangre.

Mi madre solía decirme: “Dickey, acábate lo que tienes en el plato”. Recuerdo que muchas veces le respondía: “Es que no tengo hambre...”. Solía responder eso porque había comido algo entre horas. Suele pasar que a un niño (o, para el caso, cualquier persona) que ha comido caramelos o pasteles antes de la cena no le apetezcan los alimentos sanos y nutritivos. ¿Es posible que alguna “comida chatarra” de la vida le esté quitando el hambre espiritual?

Desayuno espiritual

Basado en Mateo 5:6

“Gustad y ved que es bueno Jehová. ¡Bienaventurado el hombre que confía en él!” (Salmo 34:8).

IMAGINE QUE está hambriento y no tiene nada que comer. En 1969, en el mundo murieron de hambre diez millones de personas. En 1997 la Cruz Roja alemana informaba que solo en Corea del Norte murieron de hambre dos millones de personas. El sitio web CNNhealth.com informa que en 2009 uno de cada seis habitantes del mundo pasaba hambre.

Sin comida ni agua para beber, la gente muere. Se considera que quienes no comen lo suficiente están desnutridos, lo que los convierte en víctimas fáciles de las enfermedades. El hambre es una tragedia de proporciones inmensas.

Muchos cristianos pasan hambre innecesariamente. Quien se está muriendo de hambre o está desnutrido lo sabe. Lamentablemente, es posible que las personas desnutridas espiritualmente no se den cuenta de ello o piensen que se las arreglarán para sobrevivir en cualquier situación. Podríamos decir que padecen “anorexia espiritual”. La anorexia es un trastorno que tiene una base emocional e impide, a quien la padece, comer alimentos en cantidades normales. Un anoréxico aprende a vivir sin comer y, tarde o temprano, acaba por perder el apetito.

Estoy seguro de que usted, apreciado lector, ya sabe qué diré a continuación. Hay personas que, en lugar de hambre y sed de justicia, han aprendido a sobrevivir sin alimento espiritual. En consecuencia, su vida espiritual se consume. Sin embargo, los que tienen hambre y sed de justicia quedarán saciados con su ración diaria de la Palabra de Dios y la oración. Tienen una vida de adoración fiel y activa porque dedican un tiempo de calidad a Jesús.

Algunos cristianos dicen que no tienen tiempo para estar con el Señor. Suena extraño, porque, en apariencia, tienen mucho tiempo para lo que consideran que es importante para ellos. Otros dicen que en el pasado no fueron fieles pero que ya recuperarán el tiempo perdido. Esto es imposible, porque el día solo tiene veinticuatro horas. Es imposible recuperar el tiempo perdido; por lo que no queda más remedio que tomarlo del destinado a cualquier otra actividad. Esto significa que de la vida habrá que quitar algo de menor importancia.

Jesús nos invita a desayunar espiritualmente con él cada día. Cuando aceptemos su invitación podremos “gustar y ver que es bueno Jehová” (Sal. 34:8).

Familias que oran juntas

Basado en Mateo 5:6

“En la tarde, al amanecer y al mediodía oraré
y clamaré, y él oirá mi voz”
(Salmo 55:17).

SI DESEAMOS disfrutar de salud espiritual, cada día tendremos que apartar un tiempo para estar a solas con Dios. Para muchos, el mejor momento para la meditación personal es a primera hora de la mañana. Algunos se sienten incómodos ante la idea de estudiar la Biblia por la sencilla razón de que no les gusta estudiar. Si usted es uno de ellos, ¿qué le parecería la idea de leer la Biblia? A la mayoría de la gente, la idea de leer la Biblia no le resulta incómoda. Hay quienes se proponen leer la Biblia de tapa a tapa, como si de una novela se tratara. Pero no es extraño que se queden encallados en Levítico. Si ese es su caso, puede que le resulte útil leer la Biblia “a la carta”; es decir: un poco de aquí y otro poco de allí...

Además de tener su propio tiempo para estar a solas con Dios, los miembros de la familia que tienen hambre y sed de justicia también deberían dedicar un tiempo al culto familiar diario. He descubierto que hay más de una manera de ponerlo en práctica. Algunas familias tienen niños muy pequeños. En otras hay adolescentes, mientras que los hijos de otras tienen edades intermedias. Si yo tuviera a mis hijos en casa preguntaría a otros padres cómo organizan el culto familiar. Seguro que obtendría algunas buenas ideas sobre cómo desarrollarlo en mi casa.

Otra posibilidad de oración en familia es la oración con el cónyuge. Una parte importante del ministerio pastoral es orar por los demás. Un día me pasó por la cabeza la idea de que oraba con todo el mundo menos con mi esposa; es decir, que no oraba a solas con ella, ella y yo y nadie más. Así que decidí que desde ese día también oraría con ella. No se trata de sustituir las oraciones para pedir la bendición de los alimentos o las del culto familiar; es otra cosa, totalmente distinta y especial. Los esposos que oran juntos, permanecen juntos. Cada noche, mi esposa y yo oramos juntos inmediatamente antes de dormir.

Si usted está casado y todavía no tiene el hábito de orar junto con su pareja, le invito a hacerlo. ¿Por qué no esta misma noche?

Gracias a Dios por la iglesia

Basado en Mateo 5:6

“¡Venid, todos los sedientos, venid a las aguas! Aunque no tengáis dinero, ¡venid, comprad y comed! ¡Venid, comprad sin dinero y sin pagar, vino y leche!” (Isaías 55:1).

UNA CARACTERÍSTICA de los que tienen hambre y sed de justicia es que ponen todo su empeño en asistir fielmente a la iglesia. El creyente que tiene hambre y sed de justicia nunca desaprovecha la oportunidad de reunirse en la casa de Dios con otros que también tienen hambre y sed de justicia. En la iglesia nos alentamos mutuamente y, juntos, estudiamos la Palabra de Dios y oramos. Asimismo, de ella salimos juntos para ganar almas para Cristo.

La Biblia no puede ser más clara: “No dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Heb. 10:25).

Por desgracia, también hay quienes afirman tener hambre y sed de justicia y, en cambio, han decidido quedarse en casa porque algunos miembros de la iglesia o los sermones del pastor no son de su agrado. Con frecuencia dicen que obtienen más bendiciones quedándose en casa que acudiendo a la iglesia. Quienes se obstinan en pensar que reciben más bendiciones en casa que en la iglesia, indefectiblemente, empiezan a perder el gusto por la justicia. Empiezan a consumir comida chatarra espiritual y al cabo de poco tiempo regresan al mundo.

Descuidar la asistencia a la iglesia tiene otro inconveniente. Quien así hace pronto empieza a inventarse sus propias doctrinas o se relaciona con quienes piensan de manera similar.

La iglesia integrada por miembros que tienen hambre y sed de justicia querrá compartir su fe con otros. Asimismo, organizará reuniones públicas, a la vez que sus miembros dan estudios bíblicos y distribuyen publicaciones. De todos es conocido el refrán: “Pájaros de un mismo plumaje vuelan juntos”. De manera similar, la iglesia está formada por hombres y mujeres cuyo principal objetivo es vivir en justicia y santidad. Esto se manifiesta, primero, en el hogar y en la iglesia, así como en su trato con los vecinos y los compañeros de trabajo.

Usted pertenece al cuerpo de Cristo. Haga todo lo posible por asistir cada semana a la iglesia. Tenemos que estar muy agradecidos por la libertad que disfrutamos para asistir a la iglesia y alimentarnos con la Palabra de Dios. Ore por su iglesia, por el pastor y por todos sus miembros.

Misericordia inmerecida

Basado en Mateo 5:7

“Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios”
(Miqueas 6:8).

HACE UNOS AÑOS, Hildegard Goss-Mayr, del Movimiento Internacional de la Reconciliación, relató esta historia real: Durante los trágicos combates que tuvieron lugar en Líbano a lo largo de la década de los setenta, un alumno de un seminario cristiano iba andando de un pueblo a otro cuando cayó en una emboscada tendida por un guerrillero druso. El guerrillero le ordenó que bajara por un sendero con el fin de fusilarlo.

Pero sucedió algo asombroso. El seminarista, que había recibido entrenamiento militar, sorprendió a su captor y lo desarmó. Las tornas se cambiaron y el druso recibió la orden de descender por el camino. Sin embargo, mientras avanzaban, el estudiante de Teología comenzó a reflexionar sobre lo que estaba sucediendo. Recordando las palabras de Jesús: “Amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen; poned la otra mejilla”, se dio cuenta de que no podía seguir adelante. Arrojó el arma entre los arbustos, le dijo al guerrillero druso que estaba libre y echó a andar colina arriba.

Unos minutos más tarde, mientras caminaba, oyó que alguien corría tras de él. “Aquí se acaba todo”, se dijo. Tal vez el druso había recuperado el arma y quería acabar con él. No obstante, siguió adelante, sin mirar atrás, hasta que el enemigo lo alcanzó, lo agarró, lo abrazó y, hecho un mar de lágrimas, le agradeció que le hubiera perdonado la vida. La misericordia se expresa con el perdón.

En cierta ocasión, una madre se acercó a Napoleón pidiéndole que perdonara a su hijo. El emperador respondió que el joven había cometido dos veces el mismo delito y que la justicia exigía su muerte.

–No pido justicia –replicó la madre–, sino misericordia.

–Tu hijo no merece que tengan misericordia de él –contestó Napoleón.

–Solo pido misericordia –exclamó la mujer–. Si la mereciera, ya no sería misericordia.

–Pues bien –dijo el emperador–, tendré misericordia de él.

Y perdonó al hijo de la mujer.

Dios no nos dio lo que merecíamos, sino que tuvo misericordia de nosotros. Al sentir la extraordinaria misericordia que Dios ha derramado sobre nosotros, no podremos hacer otra cosa que derramar misericordia sobre los demás. “Hombre, él te ha declarado lo que es bueno, lo que pide Jehová de ti: solamente hacer justicia, amar misericordia y humillarte ante tu Dios” (Miq. 6:8).

¿Cambio de dieta o de corazón?

Basado en Mateo 5:8

“Bienaventurados los de limpio corazón,
porque verán a Dios”
(Mateo 5:8).

EN CIERTA OCASIÓN, junto a mí estaba una madre joven, llorando. “He orado”, dijo entre sollozos, “para que el Señor me ayudara a vencer el abuso del azúcar, pero le estoy fallando estrepitosamente”.

Me interesa mucho todo lo que tenga que ver con un estilo de vida saludable. Jamás he tomado una taza de café, ni siquiera descafeinado. Por regla general, no como entre horas. Mi esposa y yo procuramos caminar un buen trecho cada mañana. Comemos dos veces al día, tomamos bebida de soja y no comemos carne.

Cada vez hay más cristianos que están convencidos de que la mejor manera de mantenerse sano es no comer ningún producto animal. Además de no comer carne, no beben leche, no comen huevos ni usan grasas saturadas. Este estilo de vida se llama “vegano”.

No hay nada malo en tratar de vivir de la manera más saludable posible. Es una actitud cristiana. Sin embargo, el cristiano no debe mirar al que tiene al lado y criticarlo por no seguir su mismo estilo de vida. En tiempos de Jesús, los fariseos eran muy escrupulosos en el cumplimiento de la ley. Eran tan escrupulosos que se inventaron leyes para guardar la ley. Jesús no veía con malos ojos que cumplieran la ley. Decía que era su deber, pero no debían descuidar lo otro. ¿A qué “otro” se refería Jesús? Se trata de “lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe” (Mat. 23:23). Los fariseos eran duros con las personas que no creían lo mismo que ellos. No les preocupaba cómo era su corazón. Lo único que les importaba era cómo podrían utilizar su estilo de vida para impresionar a los demás.

El asunto estriba en que si ser cristiano es cuestión de vestir de cierta manera o eliminar ciertas cosas de la dieta, resulta claro que podemos hacerlo nosotros mismos y no necesitamos a Jesús. Cualquiera puede cambiar su apariencia externa, pero solo Dios puede cambiar el corazón. Jesús dice: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne” (Eze. 36:26).

Acuérdate de tomar la medicina

Basado en Mateo 5:8

“Jehová, de mañana oirás mi voz; de mañana me presentaré delante de ti y esperaré”
(Salmo 5:3).

ME ESTABA PREPARANDO para el ministerio y empezaba un nuevo curso en la universidad. En un examen médico de rutina, el doctor observó que mi corazón latía de forma irregular. Pero no dijo nada más y yo no me preocupé.

Al cabo de algunos años fui a visitar al que fuera mi compañero de habitación en la universidad. Se había especializado en medicina interna y me invitó a su consultorio para hacerme una prueba de esfuerzo. Cuando la prueba terminó, me dijo que padecía fibrilación atrial -o auricular-, lo que provoca un ritmo irregular en el latido. El resultado es que las aurículas, las cámaras superiores del corazón, no pueden vaciar todo su contenido en los ventrículos, las cámaras inferiores; lo que, en última instancia, significa que corro el riesgo de sufrir una embolia cerebral. El riesgo es pequeño, pero no deja de ser un riesgo.

Me sugirió que tomara un medicamento que me diluyera la sangre. Esto reduce enormemente la posibilidad de desarrollar un coágulo que podría paralizarme o costarme la vida. El anticoagulante se llama warfarina. Es un compuesto desarrollado originalmente para matar ratas. A veces, bromeando, digo a la gente que cada día tomo mata-ratas. Imagínesse su reacción. Pero no se preocupe por mí. Cada día tomo la medicina y, una vez al mes, me analizan la sangre para asegurarse de que tiene la fluidez correcta.

Realmente, somos unas criaturas extraordinarias. Ocho semanas después de la concepción, cuando el embrión mide solo dos centímetros y medio, el corazón ya está completamente desarrollado. Incluso antes, hacia la cuarta semana de gestación, ya empieza a latir un corazón rudimentario. A partir de entonces el corazón late 100.000 veces al día, 35 millones de veces al año y un promedio de 2.500 millones de veces a lo largo de toda la vida.

Doy gracias a Dios porque puedo decir que mi problema de fibrilación auricular está controlado. Cada día tomo fielmente mi medicina. Pero me enfrento a otro desafío: mi corazón espiritual. Para mantenerlo sano también tengo que tomar cada día mi “medicina”. Eso es, tengo que orar y estudiar la Biblia. Ese medicamento no es solo para mí, sino para toda mi familia. El culto familiar es un tiempo dedicado a cantar, a orar y a estudiar juntos la Palabra de Dios. Si hasta ahora en su casa no existe la costumbre del culto familiar, esta es una buena ocasión para empezar.

Entréguele su corazón

Basado en Mateo 5:8

“Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón,
de toda tu alma y con todas tus fuerzas”
(Deuteronomio 6:5).

RESULTA FASCINANTE descubrir cómo Dios diseñó el cuerpo humano. ¿Sabía usted que, en promedio, el corazón bombea un total de ciento sesenta millones de litros de sangre a lo largo de la vida de una persona? Con esa cantidad se llenan más de tres superpetroleros. El corazón humano genera suficiente presión para arrojar un chorro de sangre a diez metros de distancia. No es de extrañar que podamos sentir tan fácilmente cómo late nuestro corazón. Para bombear la sangre por todo el cuerpo con rapidez y eficiencia se necesita mucha presión. Si ponemos los dedos en los pulsos de la muñeca y el cuello podemos sentir la pulsación. El pulso que sentimos es la sangre que se detiene y reanuda su flujo a través de las arterias y las venas.

En un minuto, la sangre circula tres veces por el cuerpo. Al cabo del día, la sangre ha recorrido un total de 19.000 km. Ahora entiendo por qué David escribió: “Te alabaré, porque formidables y maravillosas son tus obras; estoy maravillado y mi alma lo sabe muy bien” (Sal. 139:14).

En las Escrituras el “corazón” es la persona en su totalidad. Esa palabra se usa para describir el centro, la esencia de toda la personalidad. Es lo que somos, el centro de nuestro ser y, aunque incluye el pensamiento, es mucho más que eso. Incluye las emociones, pero es mucho más que las emociones. Incluye los afectos, pero es más que los afectos. También es la voluntad, lo que queremos y sabemos hacer. El corazón abarca todas estas cosas. ¡Yo soy mi corazón!

Por tanto, cuando Dios nos pide que lo amemos con todo nuestro corazón, no habla del corazón físico, el que se encuentra en el centro de nuestro tórax. Se refiere a lo que hace que yo sea quien soy.

Las enfermedades del corazón son la mayor causa de mortalidad. Quienes pierdan la salvación también serán víctimas de una “enfermedad del corazón”. Así como la insuficiencia cardíaca tiene sus síntomas, la insuficiencia cardíaca espiritual tiene los suyos. Muchos presentan síntomas de enfermedad del corazón espiritual, pero no parece importarles.

La mayoría de la gente se preocupa más por mantener sano el corazón físico que el espiritual. La ciencia ha descubierto numerosas maneras de conservar sano el corazón y salvarlo cuando tiene problemas. Dios tiene maneras de mantener sano nuestro corazón espiritual. La buena noticia es que él jamás ha perdido un paciente.